

Las cosas de la China Mendoza y las dos piezas de Héctor Azar

Elena Poniatowska

- *La novelista mexicana más atrevida*
- *Es la que más sabe hablar del sexo*
- *Me encuentro a mí misma, recordando*

Si las 2 piezas teatrales de Héctor Azar ahora expuestas en la Galería Arvil están así descritas por el propio Héctor Azar: *Rebeca Bonaparte* (Muñeca de Limones, con marabú Pedrería verde; caoba, varilla de aluminio (pieza fuera de serie) o *El proceso* (Martillo en diversos materiales según su utilidad práctica, el mazo de albañil está cromado; doloroso fragmento de reja romántica y provinciana, lecho en molde de bronce para hojas de papel crepé, barras con escudos de la IV República cedro) toda la casa de la China Mendoza y de Edmundo Domínguez Aragonés podría llevarse entera a exponer en un museo o ponerla sobre un escenario giratorio para que los espectadores pudieran verla por los cuatro costados, asomarse hasta el último de sus intersticios porque hasta en ellos está escondida alguna bombilla, una copa griega, un tapón de corcho, un ámbar, una copa de cristal de Murano, un marfil, una borla de algodón y seda. De sus numerosos viajes la China Mendoza se ha traído fragmentos de cultura veneciana, hierros cromados, carritos polacos, mangos de sombrilla, soldaditos de plomo que Edmundo Domínguez Aragonés acomoda en los libreros en batallones ágiles y compactos, bandas de músicos vieneses, muñecas de porcelana, caballadas de porcelana china, enanos de ámbar de Amazonas y el Usumacinta. Llega

uno a su hogar a la calle de Sabino, y al abrir la puerta de esta maravillosa casa remodelada por el arquitecto Manolo Larrosa (quien hace balcones mágicos que se avientan a la calle) de las blancas y altas paredes se le vienen a uno encima un aluvión de cuadros de Rafael Coronel, de Pedro Coronel, un gigantesco Corzas, Cuevas, las Meninas de Velázquez, pintadas por Picasso que la China compró en Barcelona, íconos de Varsovia, íconos de San Petersburgo, íconos de Leningrado, Toledo y otra vez las Meninas de Velázquez ahora vistas por Alberto Gironella. De hecho toda la casa parece un gigantesco Gironella con sus botellas antiguas, sus grabados, sus tarros, sus escalones, sus ventanas con emplomados, la gran chimenea recién estrenada, los grabados de Contino el cubano que la China conoció en la Habana, sus tarros antiguos, sus fotografías sepias, sus cajas de latón llenas de pétalos de flores del mundo entero que la China Mendoza abre para oler cuando está triste, su cuadro de Vicente Gandía, el pintor que nos ha llenado la ciudad de manzanas, manzanas espléndidamente grabadas, rojas, verdes, partidas a la mitad con todo y tallo, el corazón de la manzana, las pepas negras, bomboneras, cajitas de rapé y sobre todo espejos, muchísimos espejos. Todo el vestidor de la China Mendoza está repleto de espejos. No hay lugar donde poner la mano, que digo, ya no la mano, ni un dedo. Los espejos preciosos, de latón, árabes, antiguos, redondos, art-nouveau, biselados, de mano, de pared, de tamaño mignon reflejan la imagen múltiple, repetida, obsesionante, siempre nueva de la figura de la China Mendoza en su alcoba techada toda de espejos, reflejada siempre en un bosque de cristal, como si viviera dentro de uno de los grandes magiscopios de Feliciano Béjar, congelada allí para

* (Texto aparecido en el diario *Novedades*, martes 21 de diciembre de 1976, pp. 1 y 6)

conservarse intacta detrás del cristal. En todos sus escritos, hasta en sus artículos periodísticos, aparece el espejo; a la China la siguen siempre los espejos, la imantan, su diálogo con el espejo empezó hace muchísimos años, pero en su novela *De Ausencia* en donde estalla con una fuerza de caleidoscopio. La propia China Mendoza escribe en la página 197:

Entre las manías de aquella criatura mirona que era Ausencia, estaban los espejos. En casa la vida era el resultado de las multiplicaciones de muchas lunas que iluminaban juegos innúmeros los cuartos aventándose y devolviéndose y repitiendo la botadura y la torna al infinito por estar unas ladeaditas de las otras, oblicuas, gachas, enfrentadas, medio echadas para atrás. Una vez visitó el museo de Madame Grevin y allí hay un cuarto redondo que se llama Le Palais des Mirages, el cual emparedado y techado con espejos —y no enduelado, dijéramos, porque ya nadie vería la magia del redondel por estar atisbando los calzones y los oscuros que reflejaríanse en el suelo— vuelve la estancia bosque de cristal, cuarto de Alí Babá, Luis XV, Kiosco de jardín clausurado, Alhambra mal copiada, gabinete fantástico, mundos y reinos sorprendentes que antes de las figuras chinas en sombras, del caleidoscopio y más aún de cinematógrafo, fueron absolutos sueños de incredulidad de parte de los clientes madameños embobados en la pérdida ingenuidad de lectores de las Mil y una Noches. En sus viajes ella cargaba los suficientes espejos de mesa como para no separarse de sí misma, y su origen, dando a los anonimatos hoteleros, a las recámaras alquiladas un faro de luces propias, distintas fronteras y dimensiones.

Este tipo de prosa de la China Mendoza ha hecho que Charles M. Tatum del Departamento de Lenguas Extranjeras de varias universidades norteamericanas escriba largos ensayos sobre la China, a su juicio la más atrevida y la mejor de las novelistas mexicanas. Dice Tatum: “Además de lo atrevido de la presentación directa del tema de la sexualidad de la mujer, María Luisa Mendoza se distingue en esta novela por su uso de un lenguaje altamente evocador. Comenzando con su primera novela, ha ido evolucionando un estilo que va en contra de las reglas y los ideales de la gramática tradicional. Es un estilo escandaloso y provocador que concuerda perfectamente con el tema de su novela”.

El espejo juega un papel importante en las novelas y en la vida de la China Mendoza

“El espejo, dice Charles Tatum, juega un papel importante en la novela. Por un lado, es el fiel compañero de la protagonista durante su juventud; refleja la vitalidad y lo atractivo de su cuerpo. Por otro, funciona el espejo como

su Némesis, recordándola por su belleza física cada año va disminuyendo. La autora crea una interacción de reflejos, vislumbres, relámpagos y finalmente, distorsiones de la imagen de la vieja Ausencia. Su obsesiva preocupación sexual que la asedia durante toda su vida acaba por destruirla. A los ochenta años, trata sin éxito de olvidar que esta obsesión la ha llevado a asesinar a su primer amante. Las memorias de este crimen pasional invaden sus sueños y añoranzas en el momento de morir trágicamente al naufragar su vapor”.

Los zepelines, otra obsesión de la China Mendoza

Sus muros, los de su recámara, los de su biblioteca, la sala, el comedor, el hall de la entrada también están llenos de grabados antiguos de zepelines, otra de las obsesiones de la China Mendoza, como lo son también sus familiares, sus abuelos, sus padres, sus tíos y tías que vivieron amaron y murieron en Guanajuato. Así la tía Tei (Ester) la más bonita de la familia, aparece en una secuencia fotográfica que envidiaría Fellini caminando por el paseo de la Presa de Guanajuato con sus amigas que ríen todas cubiertas con enormes sombreros de plumas y faldas que ondulan en torno a sus tobillos, así también están los retratos del papá de Edmundo Domínguez Aragonés, un héroe de la guerra civil, un gran anarquista español, así también muchas fotografías antiguas también de parejas amorosas que a su vez se miran en otros espejos con sus vestidos de velo y sus camafeos y sus miradas tristes...

La casa de la China Mendoza y de Edmundo Domínguez Aragonés parece una bombonera

La casa misma, la de la China y de Edmundo, parece una bombonera, afelpada por dentro, con sus dulces apretados y bien alineaditos. Podría ser también el interior de un carro pulman, listo para emprender un viaje transiberiano, con sus maderas pulidas y sus ventanillas que se abren a los paisajes que desfilan como en una película de tiempos de Lumiere. Lo que sí, no quedó un solo espacio en blanco, ni en las paredes, ni en el techo, ni en las piezas donde los muebles son numerosos y cálidos. Las plantas verdes también abundan; los macetones atiborrados, los pasillos también, y hasta en la banqueta, Edmundo y la China han colocado en la calle, arbolitos que luego los entristecen porque los transeúntes les van arrancando hojas, ramas, lastimándolos, asfixiándolos golpeándolos, como si la vida no les corriera por dentro y no hubiera que cuidarlos... Por de pronto la China Mendoza acaba de publicar un libro *Las cosas* en que destila todo su amor a los objetos.



Cristina Saharrea y Hermenegildo Martínez

*Me interesa muchísimo lo que ya no es,
dice la China Mendoza*

—¿Por qué les das importancia a las cosas cotidianas, los espejos, las pianolas, la sartén, la colcha, etc.?

—Porque las cosas son mi mundo, me rodean, me poseen, me son y les soy. Cosa es amor, y cosa es dieta, y cosa es dolor. Cosas: una cosa es una cosa... es una cosa... Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa... Así por el estilo. Yo pienso que las personas ajenas a la atmósfera que les deparan sus momentos, son como ciegos enajenados incapaces de oír a un caracol. Así, amo mucho el pasado, mi detrasidad, el tiempo de mis padres y mis abuelos. Primero empecé por los tatarabuelos, seguí con los abuelos y de pronto hoy me encuentro “recordando”, si fuera posible, los “fabulosos veintes” cuando se conocieron mis padres, y veo ya su circunstancia como vieja, como histórica; y es claro, si yo tuviera hijos pensarían como “el pasado” el de ellos, precisamente, que serían así sus abuelos. Como te das cuenta, me interesa muchísimo lo que ya no es, esa recuperación amorosa de Proust —y no sólo de él sino de todo buen novelista— de su propia imaginación recreada,

asesinando a los protagonistas, inventando una vida que nadie —o alguien— vivió. Por eso mis novelas elementales o bienamadas son las que cuentan largas familias, estirpes, herencias, maldiciones, costumbres, etc. Soy, en realidad, lo decimonónico. Acabo, por ejemplo, de descubrir una chimenea mía, que yo hice y cree y que enciendo cuando hace frío con pedacitos de madera, ocote —como antes los braseros— y periódico viejo, envolturas de regalo, de cigarros, de dulces (acuérdate que diciembre es el mes de la abundancia ficticia) y con la lumbrada pienso en la tradición de contar cuentos de familia, de “lo de antes”.

*No escribí de mi chimenea porque no la tenía,
pero ahora lo hago porque puedo verla*

—Una chimenea es una “cosa”, y no escribí en mi libro de ella porque no la tenía. En cambio hablo de zepelines —obsesión—, de ferrocarriles, barcos, túneles, y mil cosas que sí conozco, que he vivido (Ausencia Bautista, que soy yo en mi silla turca, viajó en zepelín ¿por qué yo no?).

Y entonces me da por escribir de las cosas, en la imposibilidad de poseerlas todas, y en vista de tantas carencias, inopias, pobretería; así, oscilo entre el ojo de la aguja y el ferrocarril comprobando que mi reino es Babia. Diera cualquier cosa por ser dueña de una antigüería y de allí no salir, de la, te digo, detrasidad, quitando y poniendo tapones de cristal o dándole vuelta a las lozas del Pípila con daguerrotipos pegados de mis tíos y abuelos que se casaban y se morían con una facilidad pasada de moda. Y así la muerte me es absolutamente familiar; nada de miedo; en las funerarias he pasado la mitad de la buena vida, el negro me sienta, mi humor de luto es magnificante y le temen, soy feliz en los entierros con paraguas y sé que el día de mi duelo será la culminación de muchos anhelos enemigos... ¡ojalá!... a menos que hasta en eso se me ningunee a puro valor mexicano.

Las cosas es en realidad mi primer libro

—¿Es en verdad tu primer libro?

—Bueno, en muchos casos sí porque como casi todo lo mío deviene del periodismo y allá en 1954 empecé a escribir, una serie titulada *Las cosas* también, pero que con el tiempo, al tratar de repetirlo, era simplemente horripilante, y me obligó a la disciplina de volver a escribir el libro en sí, en forma de gacetillas como los antiguos; retornamos a lo mismo de antes, los escritores que escribían folletines para periódicos y luego publican todo junto como novela. Una forma más de ganarse la vida (que todo lo que quien



Cristina Saharrea y Hermenegildo Martínez



Cristina Saharrea y Hermenegildo Martínez

esto escribe y posee –digo en *Las cosas*– le ha sido devuelto a cambio del trabajo diario. De mañana a noche no conozco el descanso y sí la zumbante vara del odio y de la envidia porque “escribí sólo para no morirme”, y hasta mi agotamiento les produce bilis a los observantes gratuitos o pagados en la ignorancia, mi cobro en la puerta de la mina de sal, mi modo de caminar, de elevar la voz, la risa, el ronco grito ríspido de la ira, de la admiración y de la entrega sin disimulos). En realidad ahora me doy cuenta que de todos los libros que he publicado; éste es el primero que escribo, y lo amo mucho.

Está ilustrado con dibujos míos... los dibujos collages enlazados con esa letra lejanamente Palmer de mi infancia, insufrible. Y digo que son míos, por decir, ya que es obvio, si los ves, que casi todos los adorables grabados vienen de aquellos catálogos de antes que enviaban de costa a costa en Norteamérica los grandísimos almacenes provisosores, desde 1895 a 1927, que son los que conseguí en divinas librerías ultramodernas de Nueva York, o fueron mis herencias sobrenaturales y guanajuatenses; bonches de libros que eran en verdad semanarios, periódicos, brillantes y garigoleados, con anuncios de pócimas, tinturas, preventivos, adelgazadores y quinas para el apetito. Algunas viñetas las saqué de *Les Folies Bourgeoises*, de Gilson, o de Chumy Chúmez –¿lo conoces?– recopilador de láminas decimonónicas.

En realidad, insisto, *Las cosas* es un homenaje a la casa en donde viví de niña, a lo que me contaron, a un imperio de suntuosidad, que era la casa de mis tías, las Gómez –las Gomitas– puro porfirismo, art-nouveau, y una cocina señorial que te chupabas las manos de sólo olerla desde que

entrabas a la casa en los bajos, subías al entre-piso y luego al principal en donde mi tía Lelita (Adelita) con delantal, estaba esperándome entre trinos de gorriones, una campana, helechos y todos los cuartos de la casa formados como criados, en el corredor, Guanajuato era así, recoleta ciudad que hoy empieza a deteriorarse en una hermosidad que quita el aliento –pero ya sin la infancia de uno... ha de ser, tú.

*Adoro al personaje de Carmen Serdán
y por eso hice su biografía*

—¿Qué cómo me ha ido con *Las cosas*? Maravillosamente. No salen del primer lugar de ventas –de los primeros, perdón– y yo estoy feliz, porque espero que eso me sirva para quererme más a mí misma, no tratarme tan mal.

Y en referencia a *Tris de sol*, que es un librito más, también muy de los treinta, y que cuenta la vida de Carmen Serdán, es para mí un orgullo porque señala el nuevo camino de mi estilo, algo así como lo que quiero hacer de hoy en adelante en el ensayo. Claro que con Carmen Serdán me di vuelo porque es un personaje que yo adoro, con un tris de sol en su vida, su instante sólo, el 19 de noviembre de 1910, con la Revolución frente a ella y sin que nadie le respondiera a su precioso grito, único en la historia de las mujeres, desde el balcón de su casa de Puebla. Personaje heroico apenas rozado por los rayos del sol...•

ELENA PONIATOWSKA. Escritora y cronista de la vida contemporánea mexicana. Doctora Honoris Causa por la UAM. Correo electrónico: elenaponiatowska@prodigy.net.mx